

La mente de un loco

La leyenda de León, el hombre maldito, había sobrevivido durante siglos como un eco siniestro en la memoria del pueblo. Se decía que, en tiempos inmemoriales, León había vivido en la mansión, inmerso en prácticas ocultas y oscuros rituales de magia negra, solo para poder tener más poder sobre la sociedad. La leyenda afirmaba que había hecho un pacto con fuerzas demoníacas que habían dejado una mancha imborrable en la mansión. Nadie sabía realmente qué había ocurrido, pero la casa había quedado marcada por una maldad ancestral que parecía latir en su interior.

En una noche de tormenta, Willowbrook se sumió en una oscuridad profunda. La furiosa tempestad rugía como un monstruo insaciable, mientras los truenos retumbaban y los relámpagos ocasionalmente iluminaban la pequeña ciudad, dejando al descubierto la ominosa silueta de la mansión olvidada. Este antiguo edificio, de arquitectura gótica, tenía ventanas rotas y ennegrecidas por el paso del tiempo. El viento aullaba a su alrededor como un lamento eterno, y las sombras proyectadas por la lluvia parecían cobrar vida, danzando de manera fantasmal en las paredes.

La mansión, con su fachada en ruinas y su aspecto lúgubre, parecía un portal directo al inframundo en esa noche de tormenta. La lluvia caía torrencialmente, golpeando las tejas desgastadas y goteando por las cornisas rotas, creando un coro de susurros escalofriantes. El eco de cada gota que caía sobre las baldosas del patio resonaba como suspiros de almas atormentadas.

Los habitantes de Willowbrook sabían que debían mantenerse alejados de la mansión, pues cualquiera que se aventuró en su interior corría el riesgo de toparse con el espíritu maligno de León. En esa noche tenebrosa, un grupo de valientes amigos decidió poner a prueba la leyenda y adentrarse en la mansión maldita, ignorando los consejos de los lugareños que les advertían sobre el peligro que les aguardaba. A medida que cruzaron el umbral de la mansión, la seguridad los envolvió y la leyenda de León cobró vida una vez más.

La mansión se alzaba en la noche de tormenta, su fachada en ruinas parecía un portal directo al inframundo. La lluvia, cual látigos implacables, azotaba el tejado desgastado, creando un coro de susurros escalofriantes mientras se precipitaba sobre las cornisas rotas, gota a gota. Cada caída de agua sobre las baldosas del patio resonaba como suspiros de almas atormentadas, como si el mismo edificio exhalara sufrimiento.

La mansión de León es un monumento a la decadencia y el misterio. Su fachada, alguna vez majestuosa, ahora yace en ruinas, cubierta de hiedra y ennegrecida por el paso del tiempo. Las ventanas rotas destilan una sensación de abandono y desolación. Grandes columnas de mármol, antes espléndidas, están erosionadas y cubiertas de musgo.

El interior de la mansión es igual de sombrío. Los pasillos están oscurecidos por años de abandono, y las telarañas cruzan los espacios entre los muebles polvorientos. Las pinturas en las paredes han perdido su color y sus marcos dorados están manchados y corroídos.

La mansión parece congelada en el tiempo, como si el pasado hubiera quedado atrapado en su interior. Antiguos relojes de péndulo aún marcan la hora, aunque nadie esté allí para

escuchar. Alfombras gastadas y desgarradas cubren el suelo, y candelabros cubiertos de cera derretida cuelgan del techo.

En cada rincón de la mansión, hay un sentimiento de inquietante presencia. Las sombras parecen cobrar vida y moverse sigilosamente por los pasillos. Los susurros del viento que se cuegan por las rendijas de las ventanas crean una atmósfera sobrenatural.

La mansión de León es una mezcla de elegancia olvidada y decadencia, un lugar donde el tiempo se ha detenido y donde los secretos ancestrales y oscuros están atrapados en sus paredes. La sensación de que algo siniestro aguarda en las profundidades de esta casa es palpable, y cualquiera que se atreva a adentrarse en ella se arriesga a descubrir horrores que deberían haber permanecido sepultados en el pasado.

Un día 4 valientes amigos, desafiando las advertencias de los lugareños que hablaban del espíritu maligno de León, cruzaron el umbral de la mansión, y en ese instante, la seguridad que sentían se desvaneció. Mientras exploraban las profundidades de la mansión, el ambiente se volvía opresivo, como si las paredes antiguas tuvieran memoria propia, susurrando secretos olvidados y lamentos del pasado. Cada paso que daban resonaba como el eco de sus propios latidos en el corredor desgastado, y el viento, un aliento frío de ultratumba.

Las velas, fieles guías en la oscuridad, se extinguieron súbitamente, como si la mansión misma hubiera decidido tragar la luz. El repentino silencio, roto sólo por el eco distante de la tormenta, era aún más espeluznante que las voces espectrales que habían escuchado antes. La negrura que los rodeó fue absoluta, cagándose y haciéndoles sentir como si estuvieran perdidos en un abismo sin fin, una oscuridad que parecía tener vida propia y devorar la luz, como un hambre insaciable.

A medida que avanzaban, sus manos temblorosas tocan paredes llenas de inscripciones macabras y símbolos inquietantes, como si las marcas hubieran sido grabadas por manos diabólicas en la penumbra de una luna sangrienta. Estos símbolos parecían cobrar vida a la luz de sus linternas, retorciéndose y retumbando con una oscuridad ancestral, como si buscaran desvelar horrores inimaginables.

El frío, una molestia antes ignorada, se volvió una garra gélida que penetraba hasta lo más profundo de sus huesos, mientras sus alientos se materializaba en espeluznantes susurros con cada exhalación. Cada suspiro era como el eco de lamentos atrapados en un reino entre la vida y la muerte, advirtiendo a los intrépidos exploradores que no estaban solos en la mansión maldita, que algo sobrenatural acechaba en las sombras, esperando desatar el terror.

A medida que avanzaban por los pasillos tortuosos, las inscripciones extrañas y los símbolos inquietantes en las paredes parecían susurrar secretos oscuros que se habían mantenido ocultos durante siglos. Cada paso los llevaba más profundamente en el abismo de lo desconocido. El frío se intensifica, envolviéndolos como una siniestra capa que parecía susurrarles las historias olvidadas de aquel lugar maldito.

Y entonces, en el rincón más sombrío de un pasillo, emergió la figura que nadie esperaba encontrar. Era un espectro, una aparición pálida y desfigurada que parecía haber emergido de las pesadillas más aterradoras. Su carne etérea, en lugar de piel, parecía estar compuesta de sombras danzantes, y sus ojos, inyectados en sangre, pues en donde se supone que habían dos ojos solo había dos cuencas vacías que irradiaban maldad pura. Su boca, o lo que quedaba de ella, se retorcía en una mueca de eterno sufrimiento, mientras sus manos extendidas eran como garras esqueléticas.

Esta aberración espectral permanecía frente a los intrépidos aventureros, como si la misma encarnación de la pesadilla hubiera cobrado vida. La sola visión de esta entidad hacía que sus corazones latieran con un terror insondable, y cada latido resonaba en el aire como un tambor funesto que anunciaba el inicio de una pesadilla indescriptible.

La figura espectral parecía mirarlos con maldad a pesar de no tener ojos, y su apariencia provocó un instinto de supervivencia en los aventureros. Corrieron de progreso por donde vinieron, pero al llegar la puerta estaba atorada, no abrían y aquel espíritu aun los perseguían, cada uno se fue por su cuenta, separándose y buscaron refugio para evitar un posible encuentro aterrador con este espíritu maligno y desconocido que los acechaba en la oscuridad de aquel lugar olvidado.

Mientras la oscuridad y el miedo se cernían sobre ellos, los cuatro aventureros tomaron decisiones desesperadas para ocultarse de la amenaza que acechaba en la mansión.

Maria, con su corazón latiendo desbocado, buscó refugio en el baño. Se agachó en la bañera, tratando de controlar su respiración, mientras el sonido de la lluvia que golpeaba las ventanas parecía sincronizarse con los latidos de su propio corazón. Las gotas que goteaba del techo mojaban su frente, añadiendo una capa de opresión a la atmósfera.

En la cocina, Joel eligió esconderse detrás de la pesada mesa de madera. Las sombras, bailando con la luz titilante de una vela que había encontrado, hacían que los utensilios colgados en las paredes se convirtieran en siluetas siniestras. El viento ululante se filtraba por las rendijas de las ventanas, como si las almas atrapadas en la mansión ansias de entrar y vengarse.

En otro rincón de la mansión, David se refugió en una antigua librería. Las estanterías estaban abarrotadas de libros enmohecidos, proporcionándole un escondite imperfecto. El sonido del viento acariciando las páginas de los libros se mezclaba con los latidos de su propio corazón. La idea de que las historias contenidas en esos libros pudieran cobrar vida lo atormentaba.

Noel, el más temerario del grupo, optó por aventurarse en una de las habitaciones más siniestras de la mansión. La estancia estaba decorada con tapices desgarrados y muebles cubiertos por sábanas polvorientas. En el centro de la sala, un oscuro rincón parecía exhalar un frío sobrenatural. Con precaución, Noel se deslizó detrás de una antigua cómoda, sintiendo cómo la temperatura caía drásticamente en ese rincón maldito.

El espíritu maligno, una entidad siniestra que llenaba cada rincón de la mansión con su presencia aterrador, no tardó en encontrar a sus presas. Sus avances por los oscuros

pasillos eran sigilosos, como si fluyera con la misma sombra que lo abrazaba. No había lugar seguro en aquella casa maldita, donde el tiempo parecía detenerse en un bucle de horror.

El primero en caer bajo el influjo de la entidad fue Joel, quien había buscado refugio en la cocina. Los susurros del espíritu se intensificaron en la habitación, y la atmósfera se llenó de un frío que calaba los huesos. La respiración temblorosa de Joel delataba su escondite, convirtiéndolo en una presa fácil para el espectro implacable que lo acechaba.

El espíritu, con sus manos incorpóreas, emergió de las sombras y tomó a Joel por los hombros con un agarre gélido. Lo obligó a enfrentar la realidad escalofriante que lo rodeaba. Los ojos de Joel se encontraron con el rostro del espectro, pero en lugar de ojos, solo encontró dos abismos vacíos y oscuros, como puertas al más allá. El terror lo paralizó mientras se veía atrapado en la mirada sin fin del espíritu.

El espíritu, sin un ápice de piedad, extendió su mano etérea y tocó la frente de Joel. En un instante, el alma de Joel fue arrebatada de su ser, como si una ráfaga de oscuridad lo hubiera despojado de su esencia vital. Joel, ahora como un cascarón vacío y sin vida, yacía en el suelo frío de la cocina, sus ojos fijos en un abismo infinito.

La desolación y el miedo se cernían sobre la mansión, mientras el espíritu se fortalecía con su macabra victoria. Cada suspiro en la casa parecía una lúgubre melodía que anunciaba la presencia del mal insondable. La entidad maligna se nutría de las almas atrapadas en su trampa mortal, tejiendo una red de pesadillas en la que nadie podía escapar. La casa se había convertido en un rincón oscuro del infierno en la Tierra.

En medio de la penumbra asfixiante que envolvía la mansión, la situación de Alex se volvía cada vez más angustiada. Cada paso que daba sobre el desgastado suelo de madera producía un ominoso rechinido, como si la casa misma intentara delatar su presencia. La madera crujía bajo sus pies, resonando en sus oídos como un tambor funesto, y cada chirrido amplificaba la aceleración de su corazón, que palpitaba con un ritmo frenético.

Cada latido parecía un eco de su propio miedo, golpeando en su pecho con una intensidad abrumadora. A medida que avanzaba, el terror se apoderaba de él, y la idea de que el espíritu pudiera aparecer en cualquier momento hacía que su pulso se disparara aún más. Sabía que si el espectro no lo encontraba antes, su propio corazón, golpeado por el estrés y el terror, podría ser su perdición.

Su mirada se desviaba constantemente hacia atrás, hacia la oscuridad que quedaba atrás. El frío viento sibilante que soplaba en la nuca le erizaba la piel y le provocaba escalofríos espeluznantes. El viento parecía cargar consigo susurros ininteligibles y suspiros de las almas atrapadas en la mansión, como si quisieran advertirle del peligro inminente. Cada vez que se volvía para mirar, la oscuridad parecía adquirir forma, como si estuviera al acecho, esperando el momento adecuado para revelar su terrible secreto.

Finalmente, en un rincón oscuro y polvoriento de la mansión, Alex halló un escondite que parecía aceptable. Se adentra en una pequeña habitación, sintiendo que el susurro del viento se calmaba levemente. Sin embargo, antes de que pudiera ocultarse por completo,

sus oídos captaron un sonido extraño: risas infantiles. En lugar de brindarle consuelo, esas risas le pusieron los vellos de punta por el pavor que le causaron.

Alex, movido por la mezcla de curiosidad y temor, se aproximó sigilosamente hacia el lugar de donde provenían las risas. Cada paso era un desafío, el suelo crujía bajo sus pies y el eco resonaba en su mente como un lamento. Al llegar a su destino, se encontró con un siniestro cuadro: un muñeco de aspecto macabro, con ojos de vidrio opaco y una sonrisa retorcida, estaba sentado en una silla vieja. Los cabellos de Alex se erizaron, pero trató de convencerse de que era solo una ilusión, un objeto inerte que no podía hacerle daño.

Decidió darse la vuelta y abandonar la habitación, pero al dar el primer paso, volvió a escuchar las risas infantiles detrás de él. Su corazón latió con fuerza, y se volvió una vez más hacia el muñeco. Para su horror, este ya no estaba en la silla donde lo vio por primera vez. Buscó desesperadamente con la mirada, pero no pudo encontrar rastro del muñeco en ninguna parte. La habitación parecía cerrarse encima, y una sombra maligna se cernía sobre él, helándome la sangre.

Sintió un frío intenso en la nuca, y antes de que pudiera reaccionar, percibió cómo su alma era arrancada de su cuerpo. Quedó solo y perdido en una oscuridad eterna, atrapado en la mansión maldita, con la angustia y el misterio envolviéndolo en un abrazo interminable.

Mientras María se escondía en el oscuro baño de la mansión, el tiempo parecía moverse a un ritmo glacial. Cada segundo se alargaba y se estiraba, y el sonido de la lluvia contra la ventana parecía una sinfonía de pesadilla. Los minutos se convirtieron en una eternidad mientras esperaba en tensa quietud, con el latido de su corazón retumbando en sus oídos.

El espíritu maligno, León, se desplazaba silenciosamente por la casa, como una sombra acechante. Sus pasos eran apenas audibles, y su presencia era solo una brisa gélida que acariciaba la piel de María. La tormenta rugía fuera, camuflando cualquier sonido que pudiera advertirle de su llegada inminente.

María estaba inmovilizada por el terror cuando, de repente, sintió una presencia oscura detrás de ella. Un escalofrío recorrió su espalda mientras se volvía despacio para enfrentar lo desconocido. Antes de que pudiera comprender completamente lo que estaba ocurriendo, la mirada de María se encontró con la de León. Sus ojos, como pozos sin fondo llenos de malicia, la atraparon en un parpadeo.

Un grito desgarrador brotó de lo más profundo de su ser, un chillido de pánico que resonó por toda la casa, un eco de terror que se mezcló con la tormenta aullante. El grito fue un intento desesperado de liberarse de la mirada hipnótica de León pero fue en vano. El espíritu maligno, con una sonrisa retorcida, alargó su mano espectral y tocó la frente de María, arrebatándole el alma en un instante.

El baño quedó sumido en una negrura absoluta, el grito de María se desvaneció en un eco escalofriante, y la mansión maldita añadió otro espíritu a su colección de almas perdidas.

Tres personas yacían sin vida, víctimas de la maldición de la mansión de Leon, todo por querer poner a prueba aquella antigua historia. Noel, el último de ellos en esconderse, se

encontraba aterrado en su rincón, preguntándose angustiosamente sobre el destino de sus amigos. El grito desgarrador que había escapado de María le hizo temer lo peor, ya que al no escuchar ningún ruido viniendo de sus amigos, le hizo pensar que talvez Ellos ya hubieran sufrido el mismo espantoso destino de María

Noel, se debatía entre la ansiedad por sus amigos y el temor por su propia vida. La mansión, que parecía haber cobrado vida propia, seguía siendo un laberinto oscuro de pasadizos retorcidos y habitaciones embrujadas. Cada rincón estaba impregnado de misterios y peligros que hacían que su corazón latiera con fuerza.

Sin embargo, la posibilidad de permanecer oculto y ser la próxima víctima del espíritu siniestro era más aterradora que la idea de buscar una salida. Reuniendo su coraje, Noel decidió abandonar su escondite. Paso a paso, con los sentidos alerta, avanzó por los pasillos inquietantes, cada sombra y cada rincón de la mansión pareciendo susurrar amenazas silenciosas.

El miedo y la incertidumbre lo perseguían, y la posibilidad de que los espíritus vengativos lo alcanzaran lo mantenía en constante tensión. Buscó una ventana o una puerta que lo llevara de regreso a la seguridad del mundo exterior, lejos de la maldición que acechaba en la mansión. Cada paso era una lucha contra el pánico, pero sabía que su única esperanza de supervivencia residía en encontrar una vía de escape de aquel lugar maldito.

en un momento inesperado, aquel entidad aparecio atras de noel, leon sintió un frio viento en la nuca así que paro de caminar buscando y cuando iba a voltear a ver atras, sintió una mano fría tocarle el hombro, de reojo vio aquella mano, huesuda y pálida, enseguida de eso empezó a escuchar un zumbido, uno muy agudo que no sabia de donde provenia, para luego escuchar un pequeño susurro el cual le decía: "corre", a lo cual este sin pensarlo dos veces, correría los más rápido que sus piernas le permitían, y así, empezó aquella persecución en donde el fantasma de león corría para llevarse el alma del último de los cuatro c amigos que quedaban.

Noel, inmerso en una carrera frenética, se encontró en medio de un pasillo que parecía estirarse hasta el infinito en una oscuridad espesa. El aullido del espíritu vengativo que lo perseguía se entrelaza con el eco de sus propios pasos, creando una cacofonía de terror que resonaba en su mente y le hacía temblar. La mansión, que ya de por sí parecía un laberinto de pesadillas, ahora se volvía aún más inquietante con cada zancada que daba Noel.

El pasillo, estrechándose progresivamente, lo acorraló. Con la muerte acechando tras él, Noel no tuvo más opción que forzar la puerta más cercana. En el interior de la habitación, un aire viciado y cargado de polvo lo envolvió. La penumbra parecía atrapar la luz y la esperanza en sus garras frías. Muebles antiguos y desgastados por el tiempo se alzaban como monumentos a un pasado olvidado.

Noel, con el aliento entrecortado, buscó frenéticamente una posible vía de escape. Las sombras se agolpaban a su alrededor, susurros inquietantes llenaban sus oídos, y el espíritu vengativo se acercaba, su presencia inundando la habitación con un aura de malicia.

Finalmente, en la penumbra, Noel halló una ventana al final de la habitación. No vaciló, desesperado por escapar de la maligna persecución. Con manos temblorosas, abrió la ventana con un rechinar de madera antigua y saltó hacia el exterior.

El aire fresco de la noche y la luz de la luna lo recibieron con un alivio abrumador. Abajo, el terreno parecía extenderse como un refugio lejano. Detrás de él, el espíritu vengativo aulló con furia impotente, incapaz de cruzar la barrera de la ventana. El corazón de Noel latía con fuerza, pero finalmente había logrado escapar de su perseguidor sobrenatural.

Con determinación, se alejó de la mansión maldita, decidido a dejar atrás esa pesadilla que amenazaba con devorar su cordura. A cada paso que se alejaba, sentía que la oscuridad se desvanecía, aunque sabía que las cicatrices emocionales de esa experiencia nunca lo abandonarían por completo.

En la tranquila penumbra del hospital psiquiátrico, el silencio se veía roto por las palabras de la enfermera Hana, quien sostenía dos pequeños botecitos de plástico en sus manos, uno contenido en el medicamento los cuales eran antipsicóticos de Noel y el otro en agua fresca. Con una expresión amable, se acercó al paciente y le ofreció los botecitos.

- "Vaya, esa historia estuvo muy buena, señor Noel", dijo Hana, con un deje de curiosidad en su tono de voz. Su uniforme blanco resplandecía en la tenue luz de la habitación, creando un contraste con el mundo interior de la mente de Noel.

Noel un hombre de apariencia común con cabello entrecano, aceptó los botecitos con un asentimiento de agradecimiento. Con manos temblorosas, abrió el primer botecito que contenía su medicación. Mientras tomaba la pastilla, no pudo evitar que sus dedos temblorosos se deslizaran por la superficie áspera del plástico. La mente de Noel era un laberinto en constante cambio, un lugar donde las líneas entre la realidad y la ficción se difuminan.

- "no es solo una historia, Hana", respondió Noel, con una sonrisa. "Esa historia fue totalmente real, solo yo pude sobrevivir a aquel espíritu". Sus ojos se encontraron con los de la enfermera, buscando comprensión en su mirada.

Hana, con una mezcla de curiosidad y compasión en sus ojos, le ofreció el segundo botecito, lleno de agua. Mientras Noel tomaba un sorbo, Hana continuó.

- "Bueno me alegra que haya sobrevivido señor". Su voz se llenó de una suerte de admiración por las habilidades narrativas de Noel pensando que esas historias eran hechas por su esquizofrenia.

Hana se acercó a la puerta de la habitación, con la intención de realizar sus demás tareas de rutina. Con un último vistazo a Noel, dijo: "Buenas noches, señor Noel". Cerró la puerta con suavidad, dejando a Noel solo en su habitación.

El tiempo pasó, y la noche envolvió el hospital psiquiátrico en un manto de oscuridad. Hana se cruzó con el doctor que atendía a la mayoría de los pacientes, incluyendo a Noel. El

doctor, un hombre de mediana edad con cabello gris y una expresión cansada en su rostro, sostenía una taza de café caliente en su mano. En la otra, llevaba una carpeta repleta de anotaciones y observaciones sobre los pacientes.

- "Doctor, si no le molesta, me gustaría preguntarle algo", comenzó Hana, con una nota de incertidumbre en su voz. "¿Por qué Noel es considerado un paciente de alto riesgo? Siempre que voy con él me cuenta una historia y la verdad no ha mostrado ninguna conducta extraña o que sea de peligro".

El doctor dejó de leer la carpeta y volteó para mirar a Hana. La luz tenue del pasillo destacaba los surcos en su rostro y los rastros de preocupación en sus ojos.

- "Hana, si está aquí es por alguna razón no crees?", dijo el doctor con calma y las palabras resonaron en el aire como un susurro cargado de significado.

- "Pero... pues una persona normal en cierto punto, sólo debe tomar sus medicamentos y sería como una persona "normal", respondió Hana, tratando de comprender el diagnóstico.

El doctor suspiró y apoyó la carpeta sobre una mesa cercana.

- "Hana, en sus historias... el asesino siempre tiene el mismo nombre, ¿verdad?".

- "Sí, la verdad es que sí. Pero ¿qué tiene que ver eso, doctor?", preguntó Hana, desconcertada por la conexión entre las historias de Noel y su condición médica.

El doctor se levantó de su silla y se acercó a Hana. Mirándola con seriedad, pronunció las palabras que arrojarían luz sobre la oscuridad que rodeaba a Samuel.

- "Lee su nombre al revés, y entenderás que no son solo historias, Hana". Las palabras resonaron en el pasillo, llenas de un significado aterrador.

Hana, abrumada por la revelación, quedó en silencio mientras el doctor cerraba la carpeta y se alejaba. De repente, las historias de Noel, que alguna vez parecieron simples narraciones, se convirtieron en un enigma perturbador. Noel no era solo un cuentacuentos, sino un hombre atrapado en una trama retorcida donde la realidad y la ficción se entrelazaban en una danza siniestra ya que aquellas historias solo eran creadas como un disfraz de la verdad por su esquizofrenia, volteo a ver al escritorio donde anteriormente estaba sentado el doctor, había varios papeles y carpetas, y alcanzó a identificar cual era el de Noel, así que se acercó un poco mas y tomo aquella carpeta color crema, y decía "noel garcía", tomó aquella carpeta y luego la abrió para después enterarse del porqué Noel estaba internado en ese lugar, ya que no era un paciente "normal" si no...un asesino.